

No hay emancipación de la mujer. La emancipación que nosotras mujeres libres, propiciamos, es social, netamente social.

NUESTRA TRIBUNA

La inferioridad mental de la mujer es una mentira teológica, repetida y propagada por todas las congregaciones religiosas y jurídicas

Redacción y Administración:
JUANA ROUCO

QUINCENARIO FEMENINO DE IDEAS, ARTE, CRITICA Y LITERATURA

SUSCRIPCIÓN
Semestre \$ 1.20
Número suelto .. 0.10

Las víctimas del odio

Ricardo Flores Magón

Tanto y tanto las sanguijuelas se cebaron en sus carnes, chupándole la sangre hasta que, agotadas sus fuerzas, apagadas las arterias vitales, el corazón dejó de latir: lo ha devorado el buitre de la injusticia; ha muerto.

Si, así como suena, compañeros, ha muerto entre las fauces tétricas de la voraz e insaciable yanquilandia. Y es un hermano, un compañero nuestro el que ha muerto allá entre las pútridas paredes de un presidio de la mil veces maldecida Yanquilandia que acaparó en sus cárceles, obreros y mas obreros para apagar el grito unánime de rebeldía que brota de los labios del oprimido pidiendo mas justicia y libertad.

Vano intento el de los dioses que nos arranquen una y mil vidas; que devoren cuantos cuerpos caigan en sus garras; pero el grito de venganza no dejará de oírse; sinó que aumentará el número de pechos que rujen, de labios que protestan, de puños crispados por la ira se levantan amenazantes al palpar las injusticias que se cometen en aquellos que luchan por el nacimiento de la nueva sociedad.

El hermano, el compañero Flores Magón ha muerto, todos lo sabemos. Es una víctima mas que cae bajo las garras del odio yanqui. Es una tumba mas que se levanta a la venganza en aras de la justicia.

¡Es un hermano, un compañero nuestro el que ha caído!.. Es una mano más que ha de permanecer en alto señalando al burgués su fin y alentando al proletario por el camino de las reivindicaciones. Es bandera sangrienta, es perpétua amenaza el nombre del caído, pronunciado por labios proletarios.

Ricardo Flores Magón ha caído bajo el hambre voraz e insaciable del lobo yanqui, que al abrasarlo con sus inmundas zarpas no nos entregó de el sino el cuerpo inerte como tantas otras veces ha sucedido no solo ahí en la trágica nación de los acarreadores del dólar, sinó en todas las partes del mundo. Es la repetición del crimen que de tiempos remotos se viene cometiendo como una ofrenda bárbara al supremo Dios. El Poder, que vive con insaciable sed de sangre, de sangre pura, de sangre obrera. Yanquilandia! Fiera voraz, fiera insaciable! Maldita seas!!

El sufrimiento de la mujer

El sufrimiento del hombre es ni el más feróz ni el más feroz.

Vi el sufrimiento de la mujer libre quien vuestra sociedad civilizada es más despiadada que en ella a sido la naturaleza. La naturaleza ha hecho de la mujer un ser crónico que en los

EDITORIAL

NUESTRAS REFLEXIONES SOBRE LA ENSEÑANZA OFICIAL

Nos dá náuseas ya, tener que vivir en un medio tan perverso y lleno de hipocresías, como lo es el ambiente en que diariamente tenemos que desenvolvemos.

La explotación que el fuerte ejerció sobre el débil y que tuvo su origen allá, en las prehistóricas edades; los intereses creados, engendradores de bajas pasiones; la lucha enconada que la ignorancia suscita entre los seres humanos para adquirir el triste mendrugo cotidiano; el odio de raza, las fronteras limitadas que el ciego y odioso patriotismo impuso a la gran familia humana; las guerras con todas sus pestes, esa carnicería horrenda con todas sus negras, trágicas y fatales consecuencias para la armonía y la paz de la humanidad, esa odisea sangrienta que el feróz capitalismo mundial sacudió contra los pueblos hermanos, todo eso pues, es fruto de la enseñanza oficial que viene imperando ha mucho tiempo, y que aún continúa imperando en nuestros días, para vergüenza, para escarnio y para mofa del progreso, de la mal llamada democracia y todo el institucionalismo burgués que afila sus engranajes para afianzar por más tiempo su corrupto y cerrado poderío.

La enseñanza oficial, si, que se concreta y se perfila en una educación meramente patriótica que despierta en la mentalidad de la infancia el odio de raza, y como consecuencia de este odio surge el deber patriótico del "ciudadano" en defensa de la patria, y es en lo que tienen su asiento las "inevitables" guerras preparadas sórdidamente por la hábil diplomacia secreta de los Estados, no es solamente una vergüenza, como decíamos, para el institucionalismo burgués que tanto blasona de democracia y civilización, sino que es también una doble vergüenza para los productores, fautores de cuanta riqueza existe, puesto que ellos contribuyen poderosamente con su inconciencia a dar arraigo a esa enseñanza oficial basada en la mentira patriótica y religiosa, mandando a sus hijos en las escuelas del Estado.

Queremos arrancar de cuajo los frutos de la maldita enseñanza estatal que nos envuelve en un laberinto de bajas pasiones, de adulonías, de odios perversos, de intereses particulares, de miserias humanas.

Suplantemos, pues, la gran familia proletaria, esa enseñanza estatal, por nuestra propia enseñanza racional basada en la libertad y la justicia, en el respecto mutuo de cada ser humano, en una educación libre y experimental tendiente a hacer de cada cerebro el motor de una poderosa voluntad.

Levantemos, pues, ya es hora, nuestra gran escuela racionalista para enseñar libertariamente a nuestros hijos librándolos de la pernicioso influencia patriótica y religiosa.

Maestras y maestros están íntimamente ligados al rol histórico de la enseñanza oficial.

¿Quién no conoce a esos seres sin carácter y de voluntad supeditada a lo que el patrón Estado mande?

¡Oh! las maestras, las maestrillas de las escuelas estatales!

Las conocemos, estamos íntimamente ligadas a lo que tendría que ser su verdadera misión de educadoras; observamos diariamente su profesión de educadoras de la infancia, y vemos con dolor que están muy lejos de llenar esa delicada misión que el Estado les encomienda.

No pretendemos aquí hacer el perfil de las maestras que offician de verdugas en las escuelas del Estado, pero si diremos que todas ellas—salvo algunas excepciones—están plagadas de prejuicios, de rutinarismo, de extravagancias, y de un romanticismo y cursilismo a toda prueba.

¿Echar a ellas la culpa de esas extravagancias, de esa educación pernicioso que como herencia inculcan en la tierna mentalidad de la infancia?

¡Pobrecitas! No, no echamos la culpa a ellas puesto que ellas fueron enseñadas en esas instituciones oficiales del Estado, donde una enseñanza que castra y embota las mentalidades las enseñó a ser esclavas y fieles servidoras de una mentida patria.

Y ellas, las pobres maestrillas inculcan a los niños su pernicioso educación recibida y trazada esmeradamente como un programa por el gobierno opresor. Y si las maestrillas, y si los maestros que carecen de nociones elementales para educar a la infancia están plagados de una educación ciega y cerrada a la realidad de la vida y de la ciencia, ¿qué pueden enseñar a la niñez sino esa educación falsa y rutinaria, que es un coto cerrado al despertar de la ciencia y de una nueva educación? Pueden enseñar a los niños—de acuerdo al programa de educación que el gobierno les traza—a ser buenos soldados de la patria, buenos sostenedores del gobierno, y ciudadanos respetuosos de la ley y de la religión.

Esta es la pernicioso educación que las maestras y la palmeta del pedagogo inculcarán a la niñez.

Nos dá horror contemplar a la infancia diariamente, de la forma que se desenvuelve en las escuelas oficiales del Estado. No se dá libre curso en esas escuelas a la curiosidad infantil, sino que por el contrario, las maestras tienden a coartar esa bella y espontánea manifestación, ese anhelo de curiosidad y saber.

Los niños en las escuelas oficiales, no son más que presidiarios: tímidos y estáticos en los banquillos, esperan el sermón de la maestra, el grito educacional, que confunde y atrofia la mentalidad de los niños, contribuyendo en esto también la eficacia del pantero. Las penitencias, los gritos incoherentes de los maestros y las maestras, hacen de los niños seres autómatas, sin carácter y atrofiados de cerebro.

Deben pues las mujeres, las madres proletarias, influir para que sus niños no sean desde pequeños presidiarios de esas cárceles del pensamiento, como lo son las escuelas del Estado.

Levantemos nuestras escuelas racionalistas frente a esas cárceles modernas, como un poema de vida, como una canción primaveral, como un himno entonado por todas las boquitas infantiles.

treinta días del mes tiene quince de malestar y de agotamiento, y la sociedad a hecho de ella un objeto de lujuria, una carne de placer.

¡Oh! yo las he visto gallardas, florecientes de juventud, de salud, de fuerza, descender de las campañas miserables a las ciudades corruptas.

Sonreía en sus ojos la esperanza, y en su sana lozanía la confianza de haber bajado a la tierra prometida del trabajo, de la prosperidad, del bienestar.

Las he vuelto a ver después de unos meses, después que en vuestras hergástulas industriales sin aire, sin luz habían permanecido doce, catorce y dieciséis horas de esforzado trabajo, que la honesta fatiga no dá, no sabe dar lo necesario para su vida; las he vuelto a ver anémicas, cansadas, flacas, nauseadas de vuestra avaricia, de vuestro cinismo; las he visto de noche por las tabernas del suburbio, como un lastre, pedir al mas humillante de los mercenarios el pan y el refugio; las he visto en las oficinas de la policía, selladas y matriculadas con el sello de la infamia: estas son las del sexo débil, las desdichadas mujeres que vuestra sociedad civilizada de hipócritas hecha fuera de su seno.

Las he visto en el seno de las familias pobres, atormentadas, las madres dolorosas, a quienes el salario de una esforzada semana de trabajo no les deja los Domingos, hacer su debida provisión; tal es el balance, después de haber trabajado diez y doce horas diariamente; las he visto sufridas, entristecidas, escualidas, demacradas bajo la esfera agobiadora del trabajo y la miseria, sin creer más en la vida, al porvenir, sin creer más en el amor, esas que habían venido al amor sonriendo, esas que lo habían saludado con lágrimas de gloria; y bajo aquellas penas he visto nacer las primeras querellas, las primeras desilusiones, como intensos huracanes violentos, disolverse en el delito y el abandono la familia, la institución sacra de la que os proclamais sacerdotes, custodios y paladines.

Y desde entonces mi cor zón no os ha perdonado ese crimen» (De las Declaraciones De Clemente Duval En Los Tribunales De Paris. 11 De Febrero 1888.)

Una muchacha

Conozco a una muchacha que escandaliza a las mujeres honestas diciendo al presentarlas un hijo que tuvo de jovencita:

«Este es mi hijo; a mi nombre engañaron. Lo tuve porque quisieron».

Las "decenas" se hacen cruces:—Todavía lo dice la sinvergüenza!

Yo por primera vez en mi vida he tenido la sensación—una inesplicable sensación de orgullo de haber hallado en mi camino una mujer.

Herminia C. Brumana